

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII

San José, Costa Rica

1931

Sábado 11 de Abril

Núm. 13

Año XII. No. 533

SUMARIO

Juventud, comprensión	Gregorio Marañón
Voto de la Juventud Escolar en el Día de las Américas	Gabriela Mistral
Carta a los estudiantes de América	L. S. Rowe y E. Gil Borges
Pan American Day	Juan del Camino
Poesías	Maz Jiménez
El surtidor	Hernán Zamora Elizondo

Desventajas de la erudición	Persiles
La húngara	Rafael Alberti
Cecilio Acosta	José Martí
Lectura y glosa de escritores venezolanos (1)	Pedro Emilio Coll
La cuarta orden de la humanidad	Francis Thompson
El gato	Arturo Mejía Miel

Es discutible que la preocupación de la juventud haya existido siempre con la misma intensidad que ahora (me refiero a esta preocupación como forma social, pues como preocupación individual es, desde luego, eterna). Casi puede asegurarse que no. Por lo menos, en otros tiempos no ha dejado el tema de los jóvenes y de los viejos la huella que dentro de unos decenios encontrarán nuestros nietos en la literatura de ahora. La explicación es muy sencilla. Las distintas edades, en la vida del hombre, tienen una personalidad gris en los tiempos habituales de la Historia. Sólo adquieren un acento vigoroso, que las define, cuando coinciden con sucesos históricos memorables. Entonces el concepto de «edad» o de «generación» representa algo profundo, que es lo que significa el gran acontecimiento social que impregna de su sentido a todo lo contemporáneo. Al final de la Edad Media los hombres de veinte años y los de cincuenta sólo se diferenciaban por esto, por los años; que es como decir por bien poca cosa. El descubrimiento de América hiende como una espada formidable a la humanidad de los que tenían hecha ya su alma antes del milagroso suceso y a los que la forman al calor del mismo. Entonces

un hombre de cuarenta años que cree en «el otro mundo», que tal vez desafía el misterio del mar sin fin para pisar la maravilla del continente virgen, es ya un joven frente a otro hombre de cincuenta años, para el que todo esto es sólo una noticia. No los separan, no, los años. Puede el auténtico joven, el aventurero, haber nacido quizá antes que el anciano y ser en el archivo de la parroquia más viejo que él. Pero los diferencia una cosa profunda: que es «la comprensión de algo que antes no existía y que para muchos seguirá siendo todavía incomprensible.» Lo mismo ocurre cuando estalla la revolución en Francia. O, finalmente, cuando empieza la gran guerra que, a pesar de

Signo de los tiempos Juventud, comprensión

= De La Nación. Buenos Aires. =



su sangrienta magnitud, es sólo un episodio que sirve de prelude al suceso memorable de nuestro siglo: la revolución rusa. Estos tres acontecimientos, con Cristo, marcan los instantes en que se rejuvenece la humanidad, que no se desarrolla como los individuos de un modo progresivo, sino como las mareas, por flujos y reflujos; instantes, por lo tanto, en que los hombres se pueden dividir con razón en jóvenes y viejos. La Tierra Santa, Castilla, Francia y Rusia—tres veces, de cuatro, una estepa—son como la gran mesa de operaciones donde se injerta al cuerpo decrepito de la especie humana el nuevo vigor. Y ahora la renovación es más enérgica y

profunda que nunca. Por ello también el pleito de la edad es más clamoroso y agitado que en ninguna otra etapa de la vida de los hombres.

Estamos, pues, en una de las sazones excepcionales en que unos hombres se pueden llamar jóvenes y otros pueden ser llamados viejos; porque ellos, claro está, sería difícil que se lo llamasen a sí mismos. Ahora, que una de las características de toda revolución es el desparpajo con que muchos se apoderan de cosas que no les pertenecen, de las cosas materiales, como de los grandes conceptos ideológicos; de una alhaja que no es suya, entre el fragor de un saqueo; o de un título que no tienen el menor derecho a ostentar, como «decencia», «liberalismo», etc. En la confusión que todo lo ampara, son muchos también los que se apoderan de ese «adjetivo» maravilloso que se llama «juventud».

¿Cómo conocer entre tanta agitación al joven auténtico del que no lo es? Desde luego —¡tantas veces se ha dicho!—, el criterio menos utilizable es el de la fe de bautismo. Los científicos escrupulosos de que se sirven las grandes empresas de seguros norteamericanas, han tropezado con esta sorprendente verdad: lo que

menos interesa para juzgar la edad de un hombre (cuando de este juicio depende una cosa tan seria, sobre todo para los norteamericanos, como unos miles de dólares) son, precisamente, sus años. Sometidos varios análisis químicos, la radiografía del esqueleto y algún informe clínico a una combinación aritmética, resulta la «edad real», que con frecuencia no coincide con la cifra de los años. La rebelión de los hombres, tantas veces tomada a broma, contra la verdad de su propia edad, tiene, pues, un fondo insospechado de razón. El que quiere «quitarse años» hace, por lo tanto, bien en mentir, porque en realidad no miente. Su edad real es precisamente